

LUKE CAWLEY

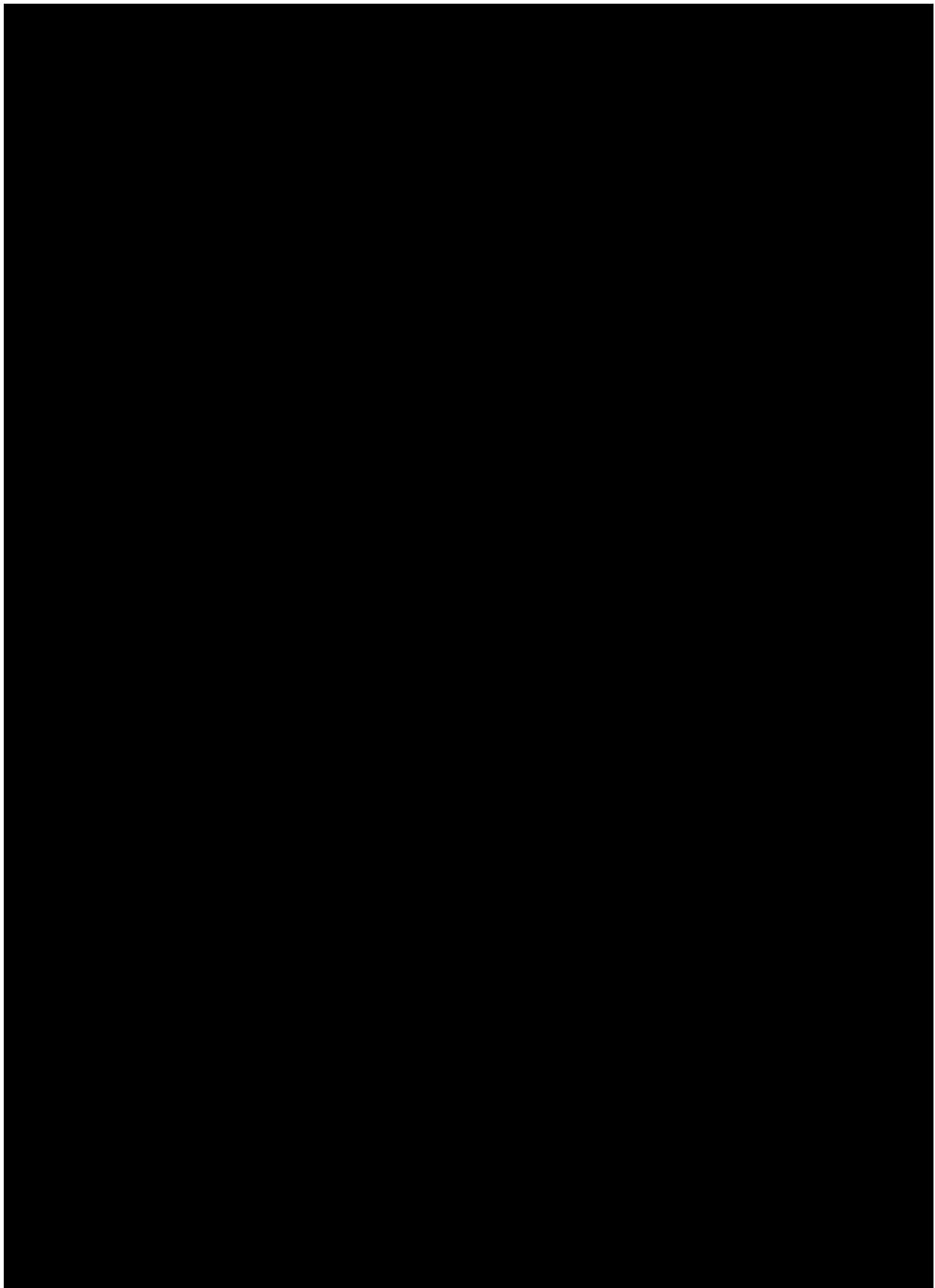
LUCES EN EL CAMPUS

**ESTUDIANTES QUE VIVEN Y HABLAN
DE JESÚS EN TODO EL MUNDO**

LUKE CAWLEY

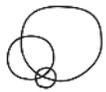
LUCES EN EL CAMPUS

**ESTUDIANTES QUE VIVEN Y HABLAN
DE JESÚS EN TODO EL MUNDO**



LUKE CAWLEY

LUCES EN EL CAMPUS



g b u c o n e c t a

andamio

ESTUDIANTES QUE VIVEN Y HABLAN
DE JESÚS EN TODO EL MUNDO

*Para Mike y Kris York, cuya
inversión fiel y duradera ha servido
para el beneficio de innumerables
estudiantes y obreros.*

ÍNDICE

01. POLICÍA SECRETA

HISTORIAS DE MI PASADO (EURASIA)

02. SUEÑOS Y ÁRBOLES DE NAVIDAD

HISTORIAS SOBRE PROCLAMAR A JESÚS (INDONESIA Y ORIENTE MEDIO)

03. TUMBAS Y CUADROS

HISTORIAS SOBRE PROMOVER LA JUSTICIA (GUATEMALA Y EE. UU.)

04. EL PROFESOR Y LA ACTUACIÓN

HISTORIAS SOBRE CONECTAR CON LA UNIVERSIDAD (SRI LANKA Y GRAN BRETAÑA)

05. EMPRESARIOS Y EMIGRANTES

HISTORIAS SOBRE PREPARAR A LOS GRADUADOS (KENIA Y RUMANÍA)

06. BANDERAS AUSENTES Y CUBOS SIN HUESOS

HISTORIAS SOBRE EL DESARROLLO DE LIDERAZGO (ISLAS SALOMÓN Y MONGOLIA)

07. MENSAJES HOSTILES Y DEPÓSITOS DE GASOLINA VACÍOS

HISTORIAS SOBRE SOSTENIBILIDAD ECONÓMICA (COREA DEL SUR Y BURKINA FASO)

CONCLUSIÓN. LA ISLA NO ALCANZADA

HISTORIAS DEL FUTURO (SAN CRISTÓBAL)

APÉNDICE UNO. DECLARACIÓN DE FE DE IFES

APÉNDICE DOS. RESUMEN DE PIEDRAS VIVAS

AGRADECIMIENTOS

01. POLICÍA SECRETA

HISTORIAS DE MI PASADO (EURASIA)

La policía apareció sin previo aviso. Iban vestidos completamente de negro, desde sus botas llenas de nieve hasta sus gorros de lana gorda. Tan solo sus insignias, que reflejaban la luz de las lámparas del techo del restaurante, rompían esa oscuridad. No venían solos. Cuando llegaron, de repente la sala se llenó de un silencio que nos dejó a todos paralizados. No era un silencio tranquilo, sino uno impregnado de horror. Nos quedamos completamente inmóviles desde el momento en el que vimos entrar a esos intrusos, sin avisar.

Todos nos quedamos ahí quietos sin decir ni una palabra durante casi dos minutos, esperando a ver qué iba a pasar. En un instante miré hacia mi traductora, que estaba de pie a mi lado en medio de la sala y, como yo, sujetaba aún el micrófono en la mano. Yo acababa de dar una charla sobre si podemos saber algo acerca de Dios, apenas momentos antes. El ambiente había sido acogedor y las conversaciones en las mesas habían estado llenas de reflexión y buen humor.

Para la mayoría de los cuarenta estudiantes, esta era la primera vez que acudían a un evento así y estaban disfrutando el poder explorar temas nuevos. Algunos eran medianamente conscientes de que los actos religiosos fuera de las iglesias estaban prohibidos por las leyes locales. Pero los organizadores entendieron que podíamos hablar públicamente sobre temas culturales y filosóficos desde una perspectiva cristiana, siempre y cuando no orásemos, recogiésemos ofrendas o hiciésemos un llamamiento. Si evitas todo eso, legalmente no estás cometiendo ningún acto religioso.

Por lo visto, la policía no lo entendía así. Uno de los oficiales se acercó al centro de la sala y lanzó una pregunta con tono estridente. Nadie respondió. La sala seguía en silencio mientras él echaba un vistazo alrededor, mirándonos a todos. Entonces, volvió a romper el silencio hablando con dureza. Le susurré a mi traductora para saber qué estaba diciendo. Ella respondió, de forma casi inaudible, que estaba preguntando quién había organizado el evento. Nadie quería hacerse responsable, ya que las consecuencias no pintaban bien.

Al final, alguien se lanzó a preguntar qué problema había, a lo que el oficial respondió con otra pregunta. Preguntó por qué estábamos hablando de Dios. Mi traductora le respondió con calma, aunque un poco temblorosa, que era un evento para celebrar el aniversario de la traducción de la Biblia a la lengua local por un gran poeta nacional. Es imposible celebrar algo así sin mencionar a Dios.

El policía se quedó quieto sin decir nada durante un minuto más. Luego, con un grito, mandó a todo el mundo

sacar su documentación. Atravesé la sala con mucho cuidado, intentando parecer todo lo inocente que se puede ser siendo el conferenciante principal de un evento que por lo visto era ilegal, y busqué en mi mochila algo que poder enseñarles. Otros estaban sacando de sus carteras sus documentos nacionales de identidad. La policía fue mesa por mesa, metódicamente, analizando al detalle cada documento, incluso anotando la información de algunos en sus pequeños blocs de notas.

Uno de ellos se acercó a mí y me quitó mi carné de conducir de las manos. Pude ver su expresión de sorpresa en la cara cuando vio que era británico. Era la primera emoción que mostraron desde que llegaron. Cruzó la sala para consultar algo con uno de sus compañeros y comentaron algo en bajo mientras se fijaban en mi carné durante un rato, segundos antes de devolvérmelo sin decir ni una sola palabra. Al final, después de una hora, nos dejaron a algunos salir a la calle llena de nieve. A las cuatro personas identificadas como los organizadores, entre ellos mi traductora, se las llevaron para interrogarlas.

Mientras estaba fuera del restaurante, aún en *shock* por lo que acababa de pasar, se me acercó una estudiante preguntándome si tenía un momento para compartir lo que hubiera dicho en la segunda parte de mi charla si la policía no hubiese cancelado el evento. Algunos estudiantes más se acercaron para escuchar mi explicación y ella se lo iba traduciendo a su lengua. Nos quedamos allí hablando unos veinte minutos, antes de que sus amigos viniesen a recogernos en coche.

Unas cuatro horas después —ya era más de media noche— la policía dejó en libertad a los organizadores del evento.

Para entonces, los estudiantes cristianos ya habían recibido un montón de SMS y mensajes en las redes sociales pidiendo saber más sobre la fe cristiana. Algunas de las personas que les escribían habían estado en el restaurante esa noche y otros simplemente se habían enterado a través de amigos. Al igual que muchos otros en esta nación en la que la mitad de la población se identifica como agnóstica o atea, no tenían ni idea de todas las dificultades que sus conciudadanos cristianos atravesaban. ¿Cómo iban a saberlo si ellos nunca tuvieron motivos para poner a prueba los límites de la libertad religiosa? Pero ahora habían conocido nuestro mensaje, tan prohibido y peligroso que la policía no nos dejaba hablar de ello ni siquiera con un pequeño grupo de estudiantes. Lógicamente, ahora querían saber más y descubrirlo por sí mismos.

La cosa se pone fea

A la mañana siguiente, nueve de nosotros —la mayoría estudiantes— nos reunimos en una habitación pequeña de un apartamento, en el cuarto piso de un edificio de hormigón. Los que habían estado en la comisaría nos dijeron que era probable que presentasen cargos. Todos los eventos planeados para esa semana en el mismo restaurante habían sido cancelados por los dueños, pero los estudiantes estaban decididos a encontrar la forma de aprovechar el interés de todas las personas que les habían escrito. Se pasaron la tarde intentando encontrar a un líder de alguna iglesia que estuviera dispuesto a dejarles hacer allí alguna actividad (cualquier cosa, aunque fuese una noche de juegos de mesa) a la que poder invitar esa misma noche a todos los estudiantes interesados.

Mientras comentaban los planes, uno de los estudiantes se acercó a la ventana y abrió las cortinas para echar un vistazo a través de la nieve. Al rato, se dio la vuelta y nos informó de que la furgoneta de la policía, que llevaba horas aparcada afuera, seguía ahí. Hasta donde sabíamos, cada una de nuestras palabras estaba siendo escuchada por agentes de la policía.

Decidimos ponernos a orar. Antes de hacerlo, uno de los estudiantes abrió una Biblia y leyó Romanos 8. Nos animó y nos recordó a todos que las cosas no estaban fuera de control. Dios usa situaciones como esas para el bien de quienes lo aman.¹ Mirando a mi alrededor pude ver las caras decididas de los estudiantes y los asesores. Parecía que todo lo que había pasado la noche anterior tan solo los había hecho más fuertes. Las oraciones que siguieron pedían sobre todo que Dios mantuviese una puerta abierta para poder conectar con los estudiantes. Para cuando terminamos, la furgoneta de la policía ya se había marchado y nos dispersamos para buscar algún lugar al que poder invitar a los estudiantes de la noche anterior.

Unas horas más tarde, cuando estábamos en plena conversación con un líder de una iglesia local dispuesta a dejarnos usar sus instalaciones, nos enteramos de que la policía municipal había dejado de llevar nuestro caso. Ahora estaba involucrada la policía secreta, temida por su intolerancia y dureza con todos los que organizan eventos y encuentros no autorizados, y estaban interrogando al personal del restaurante y requisando las imágenes de la noche anterior registradas en las cámaras de seguridad. Las caras de los estudiantes eran de *shock*. Nuestro pequeño grupo abandonó el edificio rápidamente, nos

apretujamos en una furgoneta y nos dirigimos a la estación de tren para comprar billetes para el primer tren que saliese de la ciudad. Todos apagamos nuestros móviles para evitar que nos rastreasen.

Cuando volvíamos de la estación de tren, mientras conducíamos por las carreteras heladas y llenas de baches, varios estudiantes se dieron cuenta de que sus móviles se habían calentado de repente en sus bolsillos. Al encenderlos, descubrieron que las baterías se habían agotado. Alguien estaba siguiendo nuestros movimientos por GPS. Le quitamos las baterías a todos los teléfonos y la furgoneta dio un giro de forma brusca. El conductor nos llevó a una casa apartada en el campo, donde podríamos escondernos hasta que nuestro tren estuviese a punto de salir.

Al sentarnos todos juntos para merendar y tomar el té que nuestro anfitrión había preparado, el humor negro empezó a surgir entre nosotros. Una de las organizadoras bromeaba diciendo que le gustaría tener más tiempo para leer y que tal vez la cárcel era el lugar perfecto para tener un poco de paz y tranquilidad. Varios estudiantes decían que le prepararían pasteles y bizcochos para llevarlos a su celda. Ella se reía. Sabíamos que nuestra situación estaba fuera de nuestro control, pero no nos sentíamos abandonados por Dios. De vez en cuando, algún estudiante oraba, pero también sacaron un juego de ajedrez y algunos de nosotros nos quedamos completamente absortos comentando estrategias alrededor del tablero. Acabó siendo una noche extrañamente relajante. La calma entre la redada en el restaurante y las noticias que recibiríamos al día siguiente de que, efectivamente, la policía secreta iba a presentar

cargos y varios miembros del equipo se enfrentaban a posibles penas de cárcel.

La asociación de raritos

Esa noche, cuando estaba acostado en la cama de mi compartimento en el tren, escuchando el golpe rítmico de las ruedas contra las vías mientras escapábamos a algún lugar seguro, mi mente viajó hacia otro momento y lugar, uno mucho menos dramático, pero, a su manera, muy desafiante también. Me vi sentado en una silla de plástico en un aula pequeña con once estudiantes más. Estábamos en círculo escuchando a alguien dar una charla y momentos antes habíamos hecho algunos juegos para conocernos mejor.

Para tres de nosotros era nuestra segunda semana en la universidad. Los demás estaban en cursos superiores. Formábamos la única asociación universitaria cristiana en un campus de varios miles de estudiantes. Hasta donde sabíamos, no había más que uno o dos estudiantes más que seguían abiertamente a Jesús en toda la universidad. Viniendo de una iglesia pequeña y habiendo experimentado el poder transformador de Dios en mi vida apenas unos meses antes, yo esperaba que mis años universitarios fuesen el momento de poder conocer a muchos otros creyentes. Tal vez me iba a encontrar con gente que compartía mis mismos intereses además de mi experiencia con Dios. Pero ahí estábamos, una docena de perfectos desconocidos con pocas cosas en común aparte de nuestra fe, reunidos bajo la fría luz del fluorescente de un aula

pequeña. Vamos, que no era exactamente lo que yo había soñado.

Diez días antes de eso estaba sentado en el borde de mi cama observando fijamente seis cajas de cartón y una maleta grande con mi ropa, mis libros, material de clase, aparato de música y ordenador. Todas mis cosas transportadas en el maletero de mis padres para empezar mi vida en una nueva ciudad. Los quince años anteriores había vivido en la misma casa, en un pequeño pueblo que parecía tener más vacas que habitantes y con mi abuela viviendo justo al lado. Mi padre era el profesor de educación física de mi colegio. Sabía que iba a ser imposible conseguir esa sensación de hogar en un nuevo contexto nada más llegar, y aun así me sorprendió lo desorientado que me sentí cuando mis padres se marcharon. Solo podía llorar.

La única zona común en nuestra residencia era la cocina y esa semana parecía que nadie cocinaba. Las personas que conocí de pasada parecían estar ocupadas liquidando sus cuentas bancarias en bares y en comida a domicilio. Resultaba difícil saber cómo conectar con gente cuyas vidas parecían estar centradas en consumir alcohol y tener sexo ocasional. Conforme pasaban los años como estudiante, me di cuenta de que esa intensa primera etapa de hedonismo de la vida universitaria británica va desapareciendo en el transcurso del primer año. La necesidad de ponerse a estudiar en serio, junto a la presión económica y al remordimiento por las decisiones precipitadas en las relaciones, tienden a calmar y reenfocar las vidas de la mayoría de los estudiantes.

Pero en ese momento yo no lo sabía. Simplemente me sentía solo. No tenía ninguna intención de dejarme enredar

por juegos sensuales empapados en alcohol, así que me sentía como un personaje marginal en la vida universitaria. Yo era ya un poco tímido e inseguro en situaciones sociales, pero nunca había estado sin personas de confianza a mi alrededor. De pronto, el simple hecho de hacer amigos se convirtió en un reto que me paralizaba. Me apunté al equipo de *hockey* de la universidad, deporte al que había jugado en secundaria, y descubrí que formar parte del grupo implicaba consumir enormes cantidades de cerveza como parte de una ceremonia de iniciación humillante. Así que iba a los entrenamientos, pero me resultaba difícil lidiar con el aspecto social de la vida del equipo.

Incluso la vida académica se me hacía complicada. Estudiaba el grado en Educación Primaria, que más adelante cambiaría por Literatura Inglesa, y en seguida me di cuenta de que el profesor que enseñaba religión era profundamente anticristiano. Aprovechaba cualquiera oportunidad posible, incluso ya en las primeras clases, para describir la creencia en la Biblia como algo ingenuo e inconcebible en el mundo actual. Parecía que no iba a poder sentirme cómodo ni en mis clases. Por eso me costó tomarme en serio la charla que escuché en el Christian Union en aquella pequeña aula.^{NT}

N. de la T. “Christian Union” es el nombre histórico que se usa en el Reino Unido para denominar a los grupos de estudiantes evangélicos, tanto en las universidades como en muchas escuelas de secundaria.

La mujer que dio la charla, que parecía sincera y encantadora, intentó dibujar lo que significa vivir como seguidores de Jesús en la universidad. Su optimismo y sus ánimos no concordaban con mi sensación de lucha e incomodidad.

Cuando nos dijo que nuestros años universitarios podían ser un “tiempo de crecimiento espiritual” me costó no ponerme a reír a carcajadas. La idea en sí me resultaba cómica: pensar que yo —que no lograba hacer amigos, me sentía incómodo en clase y tenía una fuerte sensación de pérdida por todo lo que había dejado atrás en la comodidad de mi hogar— podría florecer en medio de esas circunstancias me parecía inconcebible. Ver aquellas otras once personas en esa aula no me animaba. Si aquella especie de asociación de raritos era la comunidad cristiana del campus, estaba claro que las probabilidades para mi “crecimiento espiritual” eran escasas.

Como ocurre siempre

Resulta que no podía estar más equivocado. En las dos décadas siguientes me di cuenta de que esa reunión y esas primeras semanas incómodas en el campus habían sido la puerta de entrada para participar en la dinámica obra global de Dios. Estaba a punto de formar parte de un movimiento que abarcaba 160 naciones y que incluía a más de un millón de estudiantes. Un movimiento que me llevaría por todo el mundo, invirtiendo muchos años de mi vida en la fundación y el desarrollo de nuevas comunidades cristianas en campus universitarios que aún no habían sido alcanzados por el evangelio. Con los años, acabaría sentado

en aquella cama de aquel vagón que viajaba dando tumbos a toda velocidad en una noche helada, alejándonos de la policía secreta, y en la que me recosté recordando y dando gracias por aquel pequeño grupo en mi campus. A pesar del peligro que corrimos aquella noche, me sentía agradecido por formar parte de algo aún más valioso que mi propia seguridad personal y bienestar.

Cuando el tren llegó a su destino, me fui en taxi hasta un monasterio a las afueras de la ciudad. Me escondí allí un día entero, antes de reunirme con los organizadores de la actividad en una pizzería del centro de la ciudad. La noche anterior no había podido pegar ojo. Cada paso y cada ruido que venía del pasillo hacía que se me acelerase el pulso imaginándome lo peor. Lo mismo les había pasado a mis amigos; me dijeron que el miedo a que alguien llamase a la puerta era algo con lo que jugaba la policía secreta, que eran conocidos por retrasar los arrestos para aumentar la tensión de sus víctimas. Sin embargo, tal como había pasado en nuestra reunión de oración después de la redada, lo que más les preocupaba era que su libertad para proclamar a Jesús estaba siendo amenazada porque el gobierno había empezado a vigilarlos. Podían soportar la cárcel, pero no poder hablar de Jesús parecía insoportable.

Mientras los miraba desde el otro lado de la mesa, me vinieron a la mente imágenes de un día a las afueras de Jerusalén sobre el que había leído tantas veces. Once amigos de Jesús se quedaron atónitos al verlo desaparecer de en medio de ellos.² Según sus últimas palabras, ahora eran ellos los que tendrían que vivir y hablar por él dada su ausencia física. Ninguno de ellos estaba oficialmente formado en teología y no había ningún sacerdote o rabí entre ellos. En todo caso, algunos de ellos eran pescadores

expertos, tipos musculosos que podían soportar una tormenta y arrastrar una red muy pesada, pero para nada eran el tipo de persona que elegirías para dar discursos y redactar documentos para iniciar un movimiento global. Claro que, más adelante, algunos de ellos se convertirían en figuras muy conocidas: Pedro, Tomás, Jacobo y Juan, por ejemplo, siguen estando muy presentes en la mente de la mayoría de los cristianos aun dos mil años más tarde. Andrés, que según la tradición recorrió Europa del Este predicando a Jesús, acabó convirtiéndose en el patrón de países como Barbados, Escocia y Filipinas, totalmente alejados de su tierra natal. Sin embargo, ninguno de ellos empezó de esta manera.

Seguramente eran jóvenes cuando Jesús ascendió, es posible que muchos de ellos apenas llegasen a los veinte años.³ Durante el resto de sus vidas, la fe cristiana sería o bien ilegal o un movimiento marginal de renovación del judaísmo para el resto de sus vidas. Cuando predicaban lo hacían bajo una inminente amenaza de violencia: Jacobo fue el primero de los once en perder su vida, siendo decapitado con espada por órdenes del rey.⁴ La mayoría de ellos acabaron falleciendo de formas igualmente grotescas a manos de multitudes o de crueles autoridades locales.⁵ De hecho, esas experiencias fueron las mismas que vivieron muchos otros seguidores de Jesús: la muerte persiguió a los primeros cristianos por todo el Imperio Romano mientras difundían el mensaje de Jesús. Poco antes de que Juan redactase las últimas cartas del Nuevo Testamento desde su exilio en una pequeña isla griega, el emperador romano Nerón había empezado a clavar cristianos en cruces para prenderles fuego e iluminar las fiestas nocturnas en su jardín.⁶ Las cosas no mejoraron con sus sucesores.

Mientras esperaba con mis amigos la pizza que habíamos pedido, me di cuenta de que estaba ante algunos de los sucesores de aquellos once discípulos: jóvenes que siguen a Jesús bajo un gobierno que les pone obstáculos constantemente a la hora de proclamar su mensaje; pero, a pesar de ello y al igual que Jacobo, Juan y el resto de los once, valoraban más la obediencia a Jesús que su propio bienestar. Igual que me pasó a mí cuando me senté rodeado de personas tan dispares bajo la luz de aquel fluorescente en un aula casi vacía de la universidad, ellos también se habían encontrado con un puñado de personas con quienes vivirían para Jesús y hablarían de él en su universidad y entre la comunidad universitaria.

El movimiento estudiantil

Este tipo de comunidades cristianas colaborativas existen en campus universitarios de todo el mundo. Algunas, como NIFES (Nigeria Fellowship of Evangelical Students o Comunidad de Estudiantes Evangélicos de Nigeria), se extienden a lo largo de cientos de campus y sus encuentros nacionales cuentan con miles de asistentes. Otras están tan escondidas que ni siquiera existen oficialmente. Este movimiento global, aunque guarda una tradición que se remonta a los once discípulos, empezó a coger forma hace poco más de setenta años en el campus de la Universidad de Harvard.⁷ En agosto de 1947 se reunieron durante siete días los delegados nacionales de grupos estudiantiles cristianos de diez países diferentes, representando a Australia, Gran Bretaña, Canadá, China, Francia, Holanda, Nueva Zelanda, Noruega, Suiza y los Estados Unidos. Juntos decidieron iniciar IFES (International Fellowship of

Evangelical Students o Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos).

Los movimientos estudiantiles evangélicos se han multiplicado por todo el mundo en los últimos treinta años. Muchos de ellos surgieron después de que los dos principales movimientos estudiantiles internacionales de finales del siglo XIX (el Student Volunteer Movement o SVM y el Student Christian Movement o SCM) dejasen de lado la doctrina cristiana central en favor de la unidad basada simplemente en el activismo. El Secretario General del SCM, Tisington Tatlow, llegó a decir en 1910 que el movimiento no estaba interesado en definir “aquello que es ortodoxo y aquello que no lo es”.⁸ Muchas de las personas involucradas en SVM mantuvieron su convicción evangélica durante ese período, pero el énfasis general del movimiento empezó a ir en otra dirección. Distanciándose de convicciones tan básicas como el poder de Cristo para salvar o la autoridad de las Escrituras, pronto perdieron el interés por invitar a las personas a seguir a Jesús y la urgencia de la evangelización desapareció.

Los grupos afiliados a SCM de la Universidad de Cambridge y las facultades de medicina de Londres abandonaron la organización y pronto los siguieron más personas.⁹ En 1928 se creó un nuevo movimiento estudiantil llamado Inter-Varsity Fellowship (IVF), hoy conocido como Universities and Colleges Christian Fellowship (UCCF). Algo parecido sucedió en Noruega, donde algunos estudiantes crearon Norges Kristelige Studentlag (NKS, hoy NKSS), al que se unió gran parte de los miembros del anterior SVM. En

Suiza empezaron a surgir estudios bíblicos y campamentos para estudiantes en varios lugares, y para el año 1932 ya contaban con una estructura nacional visible.

En el mundo anglosajón, surgieron nuevos movimientos estudiantiles cuando IVF encargó a Howard Guinness, graduado en Medicina por el Hospital St. Bartholomew de Londres, viajar desde el Reino Unido a Canadá para reunirse con algunos contactos que uno de los fundadores había conseguido allí. Lo único que Guinness llevaba encima era un billete de ida en barco, 14 libras esterlinas y un abrigo grueso para sobrevivir al invierno canadiense. Mientras recorría Canadá en tren, consiguió reunir a estudiantes cristianos en diferentes universidades a lo largo del país y, al cabo de un año, ayudó a formar Inter-Varsity Christian Fellowship de Canadá (IVCF Canadá). Poco después, Guinness recibió un telegrama de un empresario de Sydney, que le invitó a viajar a Australia y Nueva Zelanda para ayudar a los estudiantes a iniciar grupos locales y redes nacionales. Estando en Australia reclutó a Stacey Woods, de tan solo veinticuatro años, para que liderase IVCF Canadá. Al cabo de pocos años, Woods también participaría en la formación de la Inter-Varsity Christian Fellowship de los Estados Unidos (IVCF USA).

A petición de los noruegos en 1934, se empezaron a realizar con frecuencia “encuentros internacionales” para reunir a estudiantes, académicos y líderes de iglesias de varios movimientos estudiantiles emergentes. Durante esa década, los estudiantes viajaban para visitar y conocer otros movimientos y los académicos cristianos se ofrecían a dar charlas en otros países. El último “encuentro nacional”, en el que había hasta treinta y tres naciones representadas, tuvo lugar en 1939. Pocos meses después, la Segunda

Guerra Mundial interrumpió la comunicación internacional durante un tiempo y cada cual se enfocó en su propio contexto. La guerra hizo estragos en algunos movimientos estudiantiles. El teólogo Ole Hallesby, que fundó el movimiento noruego y fue después Presidente de IFES, pasó gran parte de la guerra encarcelado por protestar contra la deportación de jóvenes judíos y también noruegos a la Alemania nazi. Otros movimientos fueron destruidos por completo y no llegaron a resurgir hasta décadas después.

Sin embargo, este período no destruyó por completo la obra cristiana en las universidades, pues surgieron movimientos estudiantiles en Francia y Holanda durante y después de la ocupación nazi, y tras el final de la guerra se inició otro movimiento en China. Por su parte, el movimiento suizo —que entonces englobaba las regiones de habla francesa y alemana— también se terminó de establecer oficialmente en 1942.¹⁰ Todos ellos estaban liderados por personas autóctonas. Cuando la guerra llegó a su fin, estos cuatro nuevos movimientos, junto con los cuatro iniciados por Guinness y Woods en la década de 1930, se unieron al IVF británico y al NKS noruego para organizar un encuentro en agosto de 1947 en Harvard. Decidieron que, en lugar de organizar simplemente otro “encuentro internacional” como los de antes de la guerra, aprovecharían la oportunidad para constituirse como un movimiento internacional sólido y con una identidad clara, y así fue como nació IFES (International Fellowship of Evangelical Students o Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos).

La elección de la palabra “Comunidad” fue intencional: el propósito era formar una red de iguales, en la que cada

movimiento fuese dirigido por gente autóctona, pero en la que se compartieran recursos de forma generosa, tanto humanos como financieros. El conocido predicador galés Martyn Lloyd-Jones, primer Presidente de IFES y el conferenciante principal del encuentro en Harvard en 1947, había coordinado los dos años anteriores al grupo que elaboró el borrador de una declaración de fe —una “base doctrinal”— que logró el equilibrio entre dejar claros los fundamentos evangélicos y dejar espacio para que los miembros y obreros de IFES pudiesen discrepar sobre temas secundarios y pertenecer a un amplio abanico de iglesias.¹¹ Se acordó, además, que IFES no sería una organización jerárquica, sino que buscaría facilitar y apoyar el trabajo de los movimientos nacionales. Cualquier estructura que se desarrollase sería de apoyo y no de carácter directivo.

Durante las siguientes décadas, IFES ha mantenido sus principios fundamentales. La mayoría de los movimientos están dirigidos por gente autóctona, excepto alguno que ha sido creado recientemente, y sus fundadores trabajan para que en el futuro cercano el liderazgo sea autóctono. Los primeros cuatro Secretarios Generales que ha tenido IFES han sido de continentes diferentes:

Stacey Woods (Australia, 1947-1971), Chua Wee Hian (Singapur, 1971-1991), Lindsay Brown (Gales, 1991-2007) y Daniel Bourdanne (Chad, 2007-2019). IFES también ha mantenido su carácter evangélico, tal y como expresa su base doctrinal, y sigue reuniendo a personas de una gran variedad de contextos eclesiales. El énfasis en la iniciativa estudiantil sigue siendo una característica esencial de IFES, la cual se veía claramente en el trabajo de Howard Guinness y Stacey Woods no solo iniciando, sino también fortaleciendo y conectando a los grupos que se iban